

BURBUJAS



Gema Samaro



Gema Samaro

...

Ya está aquí Carmunchi y no ha venido sola. Os presento a su novio: el bicho malo de Santiaguín —dijo dándole tres buenas bofetadas en la cara que yo celebré con regocijo—, el nieto de Orosia. ¿Podéis creerlo?

—¡Hola a todos! —saludó Santiago moviendo la mano a izquierda y derecha—. Yo tampoco me lo creo todavía, pero sí, somos novios. —Me cogió de nuevo por la cintura, me dio un beso en la mejilla y después me puso la mano libre en el cuello y me dio un beso...

—¡Que la ha besado en todos los morros! —gritó eufórico mi sobrino Alejandro, mientras el resto de la familia rompía en aplausos.

Pues eso, que me dio otro beso en la boca, yo cerré los ojos y deseé con todas mis fuerzas que al abrirlos apareciera en otro sitio, que sé yo, en Australia con una familia de canguros. Pero no, abrí los ojos y ahí estaba mi familia, feliz de verme ennoviada con el nieto de Orosia.

—Si de pequeña le odiabas —soltó mi hermano Felipe, el mayor, partiéndose de risa.

BURBUJAS

—Ya, las cosas de la vida... —musité enco-
giéndome de hombros.

Las cosas de la vida eran que ahora le odia-
ba más que nunca por hacerme pasar el bochor-
no que estaba padeciendo en esos momentos.
Claro que no lo hacía por él, sino por su abuela
que estaba a mi lado, llorando con unos lagrimo-
nes de emoción enormes.

—¡Qué feliz soy, madre mía! —sollozó Oro-
sia—. Niña, no te puedes imaginar la dicha que
siento en mi corazón.

—Es solo una familia —dije restándole im-
portancia porque no quería que se hiciera ilusio-
nes, cuando Terminara la cena cada uno se iría
por su lado y no volveríamos a vernos jamás.

—Espera un momento, niña —habló mi
abuela ajustándose su gafas de pasta de concha
enormes, unas gafas con las que la recordaba de
toda la vida, de hecho yo creo que hasta nació
con ellas—. ¿Qué dices de que eres una familia?
¿No me digas que estás preñada? —me preguntó
frotándose las manos y con una sonrisa de oreja
a oreja.

Gema Samaro

Todos, los veintisiete, hasta el bebé de mi prima Julia, de dos meses, me miraron expectantes. ¿Pero cómo se les podía pasar por la cabeza la idea de que me dejara embarazada por el “Niño Pesadillas”? ¿Tan desesperada creían que estaba?

—De momento no está embarazada —habló Santiago, situándose detrás de mí y poniendo sus manos encima de mi vientre—, pero todo se andará. Estamos en ello...

—¿Quéeeeeeeeeee? —soltó mi madre con expresión en el rostro entre estupefacta y esperanzada.

—Nos amamos y cuando uno ama de esta forma, lo normal es que vengan los niños —dijo Santiago muy solemne, ahora dando palmaditas en mi vientre.

Me entró tal agobio que me bebí del tirón la copa de vino que mi tío Antonio tenía junto a él.

—Niña, ¿qué haces? ¿No estarás embarazada ya? ¿Qué haces bebiendo vino de esa forma! —me regañó mi madre.

—No, todavía no. Pero ya le digo, señora, que muero por preñarla.

BURBUJAS

Me entraron ganas de partirle la botella de vino en la cabeza y dejarle inconsciente hasta el día de Reyes.

¿Dónde se había visto semejante descaro? Jamás iba a perdonarle que me hiciera pasar ese bochorno, jamás.

—¡Me gusta este chico! —habló mi abuela, señalándole con el dedo—. Tiene lo que hay que tener. Es valiente y sabe lo que quiere, así que tienes mi bendición, hijo. Ven, siéntate a mi lado.

—Y dio unos golpecitos con la mano al asiento que estaba reservado para mí.

—¿Y yo? —pregunté enarcando una ceja presa de la indignación.

¿Cómo no se daba cuenta nadie de que un burdo impostor estaba a punto de robarme mi sitio en mi propia casa?

—Pues a su lado —dijo mi padre—, nos movemos un poco y cabéis los dos.

¿A su lado? Ni en sueños iba a pasarme toda la noche a su lado, codo con codo...

—¡No! No te preocupes. Él que se quede con la abuela, yo prefiero sentarme con Ceci, que

Gema Samaro

hace mucho que no la veo.

Ceci era mi sobrina de 7 años, que estaba sentada en la otra punta de la mesa y que ahora me saludaba con la mano.

—Tú te sientas al lado de tu prometido — me ordenó mi abuela—. Es lo suyo. Ya no tienes edad para sentarte con los niños...

—Si nos pasamos todo el día juntos, no pasa nada porque estemos un rato separados.

—¿Tú estás tonta, niña? —replicó mi abuela—. Anda y siéntate al lado de tu hombre. Compórtate por favor...

—Carmunchi, haz caso a tu abuela y quédate bien pegadita a tu hombre que tanto te ama —insistió el gañán. Y no teniendo suficiente con humillarme de esa forma, tomó con ambas manos mi rostro y me besó en la boca otra vez. Por supuesto que apreté bien los labios y cerré bien los ojos para que no me quedara ni el más mínimo recuerdo de tamaña afrenta.

—¡La tía no abre la boca! —escuché que decía mi sobrinita Leonor—. Los de las pelis abren la boca...

Qué lamentable. Qué espectáculo más paté-

BURBUJAS

tico. No podía consentir que ni por un segundo más ese impresentable estuviera alterándome de esa forma, así que lo tomé por los hombros, lo aparté y retorciéndole los carrillos con toda mi rabia, que era mucha, le dije en un tono cantarín:

—Yo te amo más, cariño mío, no sabes cuánto.

—Lo sé, cielo, lo sé. Mucho —susurró—. ¿Me devuelves mis mofletes y empezamos con la cena?

—Claro que sí, amor mío.

Todos aplaudían. ¡Qué locura! Santiago me tomó de la mano, la alzó, como hacen los actores cuando terminan la función, y me instó a que hiciéramos una reverencia. Para acabar cuanto antes, lo hice, solté su mano y me senté a la mesa.

—Estupendo, pues ya podemos empezar —dijo mi abuela, encantada con el espectáculo.

Después bendijo la mesa y dijo unas cuantas palabras que ni escuché, porque yo solo podía pensar en lo angustioso de la situación.

—¿Lleváis mucho tiempo juntos? —preguntó mi padre mientras se decidía por un entrante. —Bueno, pues, creo que, no sé... —balbuceé.

Gema Samaro

Mi padre era un señor serio, enjuto y con bigote que intimidaba a todo el mundo, menos a Santiago, que sin amedrentarse lo más mínimo explicó:

—Yo lo sé. Lo que pasa es que cuando estás enamorado pasa el tiempo tan deprisa, para mí que llevamos un suspiro. ¿Verdad, Carmunchi? —tomó mi mano y la besó haciendo un ruido espantoso.

—Verdad, verdad —respondí liberándome de su mano.

—¿Y cómo es que habéis decidido comunicarnos la buena nueva así, tan de repente? —preguntó mi padre mientras cogía el cuchillo y el tenedor para partirse un espárrago.

—Teníamos previsto hacerlo de otra forma, antes y con más tiempo —habló Santiago—. Pero es que yo estoy tan ocupado siempre, que no hemos visto el momento. Y así nos han dado las navidades, sé que esta no ha sido la forma más correcta de hacer las presentaciones, pero es que su hija no quería dejarme solo en Nochebuena. Es un amor. —Y volvió a apretarme la mano y a

BURBUJAS

mirarme con cara de idiota.

Respiré hondo para armarme de paciencia, además miré a mi padre y supe que se había dado cuenta de que Santiago estaba mintiendo. ¡Menos mal que había alguien lúcido en la familia!

—Sé muy bien cómo es mi hija. Por eso me extraña tanto todo esto...

—Pues no sé de qué te extrañas, porque a estas edades las cosas van a así, no se van a pasar quince años de noviazgo como nosotros —objetó mi madre después de dar un sorbo a su copa de vino.

—A mí lo que me sorprende es que un tarambana como tú, quiera sentar la cabeza. Oye, que me parece muy bien, pero te pega tan poco... —dijo mi tío Eduardo mientras pelaba un langostino.

—Parece que le conoces bien, Eduardo —dedujo mi padre.

—Es el nieto de Orosia. Claro que le conozco, ¡menuda pieza! Recuerdo que en el pueblo le llamaban Santinfierno, porque era un diablo, no paraba quieto, y cuando no estaba trepando al árbol más alto, se estaba peleando con seis. Va-

Gema Samaro

liente, bravucón, listo como él solo y libre como un pájaro. Por cierto —dijo dirigiéndose a Santinfierno—, me encontré con tu hermana una vez y me dijo que habías estudiado Derecho.

—¿Mi hermana? ¿Esa zorra? ¿Y se atrevió a pronunciar mi nombre? —soltó mientras pinchaba con el tenedor un trozo de queso.

Mis tíos se miraron de reojo escandalizados y Alvarito, otro de mis sobrinos, dijo tapándose las manos con la boca:

—¡Hala! Ha dicho zorra.

—Perdonen, ya sé que en estas fechas recordar que hay zorras en las propias familias está muy mal visto. Pero en mi caso es una realidad. Solo espero, pequeño —habló señalando con el tenedor a Alvarito—, que en la tuya no haya ninguna. Y sí, hice Derecho y tengo mi propio despacho. Me va bien. Ahora estoy a ver si me asocio con alguien, no sé qué hacer, a ver si la abuela canta.

¡Era un macarra que no respetaba nada!
¡Qué ganas de perderlo de vista!

—¿Yo? —preguntó mi abuela con una gran sonrisa—. ¿Quieres mi consejo, hijo? Me siento

BURBUJAS

verdaderamente halagada... Pues te diré que debes hacer lo que te dicte el corazón, ¿qué pálpito tienes?

—El posible socio es la cerda de mi ex, que me cambió por un camarero de trescientos kilos y feo como él solo, pero es una gran profesional.

—¡Y ahora ha dicho cerda! —Alvarito se tapo está vez la cara con las manos.

—Sí, bonito, los animalitos están por todas partes, no solo en el zoo o en las granjas, solo espero que no tengas que descubrirlo nunca. —Y se metió un trozo de jamón en la boca, como si tal cosa.

¿Pero es que acaso no veía el árbol lleno de luces, un árbol gigantesco, o el Belén de cinco metros de largo con sus pastorcitos y su buen rollo, o el comedor decorado hasta el techo de adornitos navideños por todas partes? ¡Estábamos en tiempos de paz y amor! ¿Qué hacía hablando de zorras y cerdas? Yo no sabía qué hacer para callarle o al menos para cambiar de tema, pero mi abuela siguió metiendo el dedo en la llaga.

—En ese caso, no sé qué decirte —dijo mi

Gema Samaro

abuela mordiéndose los labios—. La verdad es que no tengo elementos de juicio suficientes para ayudarte, aparte de que esto es una cuestión de corazón, ya te lo he dicho. Escucha bien a ver qué te dice...

Tenía que acabar con este tema como fuera, aunque por otra parte entendía que la ex se hubiera ido con el camarero, porque este tío era insoportable, así que metí baza y dije con voz melosa:

—Ponte a escuchar tu corazón cuando estemos en casa, cariño, que ahora es Nochebuena y es tiempo de hablar de cosas bonitas.

—Si estaba hablando de cosas bonitas, tener ambición y sueños es bonito, mi amor. —Y me dio unas fastidiosas palmaditas en la mano—. Y Eduardo —dijo dirigiéndose a él—, de pájaro libre nada, que bien que me metió en la jaula la Ramírez. Ahora que en otra no me pillan...

—¿A qué se refiere, joven? —preguntó mi padre enarcando una ceja.

—¡Bésale, por Dios Santo! —me rogó Orosia, que de pronto apareció a mi lado y no paraba de agitarme por los hombros.

—¿Por qué? —repliqué asustada.

BURBUJAS

—Pues porque está herido y va a hablar más de la cuenta. ¡No le dejes, por favor! Haz algo para que no siga hablando de la Ramírez.

—Responde a mi hija —le exigió mi padre muy serio, siempre estaba serio, pero mucho más—. ¿No ves la cara de preocupación que tiene? ¿Por qué?

—Porque con la Ramírez aprendí yo Latín y Griego y ya no me fío ni de mi madre. Bueno, mi madre, esa es otra a la que hay que dar de comer aparte. Una mala perra desnaturalizada que...

—¿"Mala perra" es palabrota, mami? —preguntó Alvarito, entre risas.

—Come, anda... —dijo muy apurada mi cuñada Elena, la mujer de mi hermano pequeño, a mi sobrino.

—Joven, le recuerdo que es Nochebuena, le agradecería que se dejara invadir un poco por el espíritu navideño —le exigió mi padre mientras estrujaba su servilleta.

—¡La Navidad me importa un huevo!

—¡Ha dicho "huevo"! —gritó mi sobrino, entre carcajadas, al tiempo que daba golpes con el tenedor en la mesa.

Gema Samaro

—Sí, lo he dicho. Me parece que la Navidad es la fiesta de la hipocresía y el consumo, una pantomima absurda en la que durante unos días jugamos a ser buenos. Luego llegan las rebajas y volvemos a ser los mismos hijos de puta de siempre. Eso es la Navidad.

—¡Ha dicho otraaaaaaaaaaaaaa! —dijo Álvaro con la boca abierta y agitando frenéticamente las manos.

Se lo estaba pasando genial, pero los demás...

Mi padre fulminó a Santiago con la mirada y luego le soltó a bocajarro:

—En esta casa todo el mundo es bienvenido y más si es el novio de mi hija, pero no me gustan los tóxicos.

—¿Tóxico yo? Se equivoca. Soy un hombre que dice lo que piensa, que dice la verdad. Nada más.

—Ojalá que me equivoque. Pero por lo que llevas de cena, me da que eres un narciso que busca a toda costa controlar y llamar la atención. Santiago bajó la vista al suelo, suspiró y luego,

BURBUJAS

tomándome de la mano con fuerza, dijo mirando fijamente a los ojos de mi padre:

—Solo soy un hombre enamorado.

—Más te vale que lo seas —repuso mi padre, retándole de tal forma que Santiago tuvo que bajar la vista de nuevo.

—Santiaguín es un poco Míster Scrooge —terció Eduardo—, pero junto a nuestra Carmunchi seguro que se le van todas esas tonterías que tiene en la cabeza...

¡Continúa la lectura en tu librería favorita!

